



recidos ó ejemplos piadosos. Era gracioso oír mezclado:

— Jaque á la reina. El peón del *arfil* del rey, dos casillas.

— Dispéñeme, señor cura; pero su mercé no sabe de la misa la media.

— Cuando Taide estaba emparedada no cesaba de preguntar entre lágrimas...

— Tilín, tilín, ya voy llegando á los pies de tu cama... Daca mi asadura...

Generalmente este grupo era el mío. Allí saqué á re-

lucir los famosos cuentos de *La Llorona*, de *La Pachona*, de los llanos de *Hermelinda* y las casas de *quiquiriquí* y de la *Campana de oro*, terminando con el del niño á quien mataron sus hermanos y que convertido en flor gemía:

Pítame, mi cedacero,
Pítame con grande amor;
Mis hermanos me mataron,
Soy espina de la flor.

Pero conocía que estaba allí de más, que mi vida no podría prolongarse en aquella bienaventuranza abreviada, y un día, con muchos circunloquios, pedí licencia al buen campesino para salir de nuevo á tomar mi antiguo ejercicio.

— Sí, amigo, me contestó el viejo, hay gentes hijas de la mala vida, y una de ellas es usted. ¿Quién le corre ni quién le echa de aquí? Allá va á pasar hambres por esos caminos en vez de estarse aquí donde tan bien se le quiere... Pero, lo cierto es que ni yo le traje ni yo le echo; sus amigos me le endilgaron acá y mi obligación es no dejarle ir hasta que el médico declare que ya está bueno y sano... Pasado mañana viene Herrera y Cairo, y él le dará ó no la licencia que quiere para marcharse á correr aventuras.

Efectivamente, á los dos días llegó el médico, que era

joven, guapo, alegre y decidior. Las muchachas lo recibieron en palmitas, la señora comenzó á consultarle acerca de sus eternos vapores y á preguntarle qué tal le vendría el agua de *contra latido*.

Cuando nos quedamos solos con él las muchachas y yo, don Ignacio dijo dirigiéndose á mí y hablando de la mayor de las niñas, Leonorcita:

— Aquí tiene usted, señor La Llana, á la prometida de un amigo á quien usted y yo queremos mucho, de Miguel Cruz Aedo.

La muchacha se tapó la cara con el delantal y yo repliqué:

— Pues ya me explico por qué la señorita tenía tanto empeño en saber si se corren riesgos, y si era muy valiente el amigo Miguel.

— Pues haláguele usted el oído, que en nada carga su conciencia diciéndole que Miguel es uno de los muchachos más buenos y más guapos que visten uniforme.

El examen no fué favorable; pero dispuso Herrera que me quedara en la hacienda por lo menos otro mes, pues corría riesgo inminente de recaer.

— Déjese usted querer, que al fin y al cabo, en la profesión de usted no caen muchas de estas en libra; aguántese unos días, y cuando ya esté sano, se va á correr montes y montañas, á buscar *mochos* y traidores.

Una mañana de las primeras de Mayo, Guadalupe me

dijo preguntaba por mí un mozo que, al parecer, traía negocio urgente. Convencido el hombre de que era yo la persona que buscaba, me entregó un pliego en que reconocí la escritura ancha y resuelta de Cruz Aedo. La carta decía así:

Sayula, Mayo 6 de 1858.

SR. D. JUAN PÉREZ DE LA LLANA.

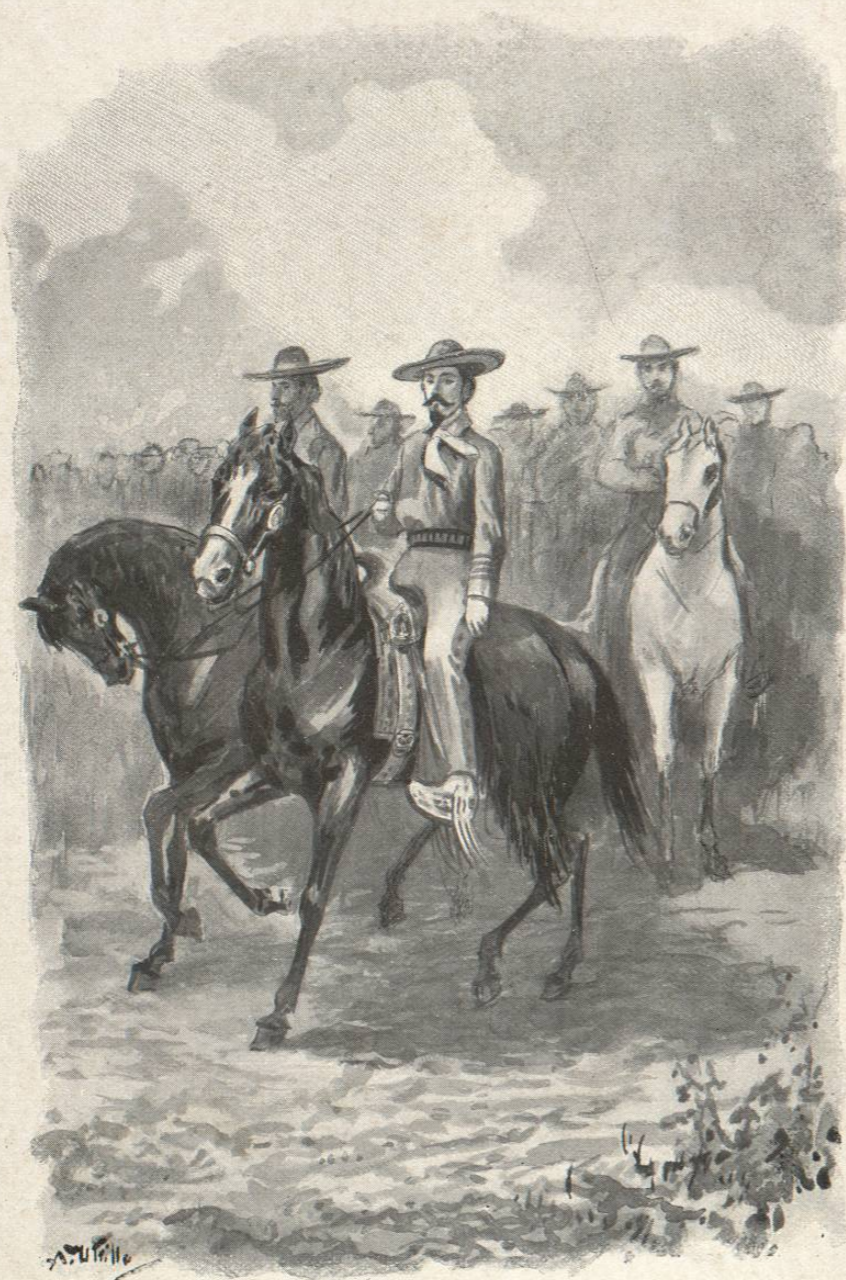
Hda. de San Antonio.

Mi querido Juan: A pesar de tu herida en la cabeza y de tu semi-muerte, eres á la fecha una de las personas á quien más envidio y he envidiado. Habitar bajo el mismo techo, hablar frecuentemente y hasta poder tocar la mano de la criatura más guapa de la República mexicana é islas adyacentes, no debía estar reservado á ti, hombre sin átomo de sensibilidad, sino á un sujeto como yo, que soy lo más rendido que se puede dar. Pero, por lo menos, ya que no puedo transformarme en tu persona ni substituirte, es bueno que te conviertas tú en mediador de estos *amores caseros*.

En serio, puedes creer que me encuentro *ferido de punta de amor*, y que, si Dios no lo remedia, aquí me voy á ver obligado á anclar para siempre. Te mando una cartita para que la pongas en manos de la niña, y si puedes recoger la respuesta, harás el servicio cabal.

De asuntos políticos tenemos novedades. No todo ha de ser *muera, muera*; algún día se había de *hacer la chica*, y, ó mucho me equivoco, ó la salvación ha de venir del Norte. Al lado de Vidaurri hay un joven valiente, audaz, de mirada certera, hábil en todas las combinaciones, conocedor de la topografía del país, y capaz de los golpes más tremendos y aventurados.

Su teatro ha sido el desierto, su escuela la guerra contra los bárbaros, su amor la hostilidad franca y declarada al enemigo. Dotado de puntería admirable, de actividad nunca vista, de decisión á toda prueba, tiene equipado un cuerpo de tropas que es el asombro nuestro y el terror de los enemigos. Vestidos con blusas rojas y pantalones de piel de venado, tocados con sombreros de anchas alas y montando caballos ligerísimos, criados en las soledades de Nuevo León y Coahuila, manejan el rifle y la pistola con la seguridad que manejarían un instrumento matemático. Su alimento lo llevan consigo en las *cantinas* del caballo ó en la punta del agudo cuchillo de monte que traen á la cintura. Se movilizan con habilidad nunca vista, y pueden hoy estar aquí, mañana dar un *albaz* á las treinta leguas, cooperar al otro día á una batalla campal, á los quince incendiar un albergue de reaccionarios en lo más fragoso de un monte, y tornar á los seis días á su punto de partida para seguir incansables, tenaces, activísimos, la lucha por la libertad, cuya causa han



Son los guerrilleros ideales...

abrazado. Tienen las ventajas de la infantería, y no su pesadez; las de la caballería, y no su precisión de marchar en grandes masas. Son los guerrilleros ideales, los guerrilleros que han de cambiar la faz de nuestras cosas; son los *tagarnos*, en fin.

Juan Zuazua, como se llama el jefe que manda á esos valientes, acaba de destrozár á las tropas de Miramón en el puerto de Carretas, y aunque el general reaccionario se ha atribuído el vencimiento, lo cierto es



D. JUAN ZUAZUA

que dejó en el campo quinientos ó seiscientos muertos, la tercera parte del total de sus tropas, muchos infelices heridos y gran cantidad de material de guerra.

Como si hubiera querido desmentir las fanfarronadas de los *mochos*, cuando se le juzgaba derrotado, atacó á Zacatecas, tomó la Bufa, donde se habían refugiado los conservadores, cogió presos á Manero, Aduna, Drechi, Antonio Gallardo, y Landa, nuestro viejo conocido.

He tenido en las manos la carta que el pícaro Landa

dirigió á su mujer, Elena Castro, á quien tú conoces bien, y la verdad es que me ha conmovido. Pero si queremos destruir la mala semilla, necesitamos *arrancar diente y dolor*. Estamos en la brecha y es menester decidirse á matar ó á que nos maten; es triste que hijos de la misma patria se destruyan como los judíos en Jerusalén; pero no hay conciliación ni arreglo posible entre lo viejo, lo caduco y lo abusivo que ellos representan, y lo nuevo, lo luminoso y lo grande que representamos nosotros. La suerte está echada y hay que aguardar á que se decida.

Hablé al señor Degollado de tus buenas partes, y quiere que te vengas con nosotros; pero antes desea realices un servicio de importancia. Como tú eres originario del rumbo de Lagos y conoces ese camino á las mil maravillas, quiere acompañes al coronel don Miguel Blanco, que debe venir en estos días, no sólo para indicarle el camino, cosa que podría hacer un peón, sino para que sirvas de intermediario entre los rifleros del Norte y los soldados del interior, cosa que pocos pueden hacer. ¿Qué te parece la comisioncilla?

Ahora bien, oh Juan Pérez, espejo de los caballeros, modelo de los políticos, desesperación de los militares, amor de las muchachas y coco de las viejas, sacude la inercia, deja las ociosas plumas y vete á la guerra y á la diplomacia, que son tus elementos. ¡Dios te gué y

Jesús Nazareno, patrón de tu pueblo, te dé ventura en lides, gloria en amores, placer en la bonanza y resignación en la adversidad!

Tuyo hasta la muerte, tu hermano

MIGUEL.

Al día siguiente anuncié á don Alonso mi firme voluntad de marcharme dejando las ollas de Egipto de su casa.

— Hombre, pues de veras es usted cargante, me dijo haciendo alarde de mal humor; si el doctor ha dicho que no-pue-de-us-ted-sa-lir-an-tes-de-un-mes. ¿Me ha entendido?

— Sí, señor; pero tengo asuntos...

— Bueno, hombre, bueno; ¡váyase bendito de Dios!.. No más el día que le traigan con la cabeza hecha una olla rajada, no pretenda que lo reciban aquí... Al arroyo se va á dar, que en esta casa no hay gentes mal agradecidas.

— Aquí y no más aquí he de venir, porque sólo aquí me encontraré pechos cristianos y gente buena. Y en cuanto á lo de mal agradecido, será lo que tase un sastre: por usted que es el amo y hasta por el último perro de esta casa, estoy dispuesto á dejar cuanto tengo.

— Sí, hombre, sí; haya farolón... No es lo mismo *decido* que *acido*. Y se retiró refunfuñando, todo encor-

vado, y haciéndose aire con un gran pañuelo de yerbas.

El padre don Eulogio me miró con rabia:

— ¡Hombre, me gusta! conque ahora que empezamos á tenerle ley y á quererle, se larga usted con esa frescura! ¡Vaya con el niño! ¿Y qué va á hacer entre la tropa, á que le perviertan su buen natural y le vuelvan un mal sujeto, blasfemador y ateo? No se ría, que es cosa seria; como si los ejércitos se compusieran de puros angelitos del Señor... ¡Vaya si los conoceré yo, que he estado entre ellos, cuando acompañé á mi amigo Paredes Arri-llaga desde Guadalajara hasta Pénjamo! ¡Jesús, y las cosas que vi, las atrocidades que oí y las infamias que ante mí pasaron! Pero, vaya, vaya; que todo sea para bien y que Dios nuestro Señor lo lleve por buen camino.

Leonorcita recibió la carta con resolución.

— Sí, ya sé que Miguel anda en la guerra con Ogazón y que están todos contentísimos de él. Que crezca, que sea feliz, que llegue á donde ha de llegar, que al fin el Señor de la Penitencia le ha de salvar de peligros, como se lo tengo pedido. Lo único que me amarga el gusto es pensar que no nos podrán casar por la Iglesia si no vamos á coger de sorpresa al sacerdote, como cuenta el padre don Eulogio que hicieron con él. Pero yo estoy dispuesta á todo; mi suerte hizo que quisiera á un *chinaco*: pues suya seré á pesar de todos los pesares. A mis padrecitos, ni por aquí les pasa lo que tengo yo pensado, y

cuando lo sepan van á tener una mohina que ya! ya! pero ¿qué remedio? Dígale á Miguel que no le mando más que este papelito, porque no tengo libertad de escribirle largo; y luego que escribo tan mal... Mis padrecitos no quisieron que me enseñaran, porque no me comunicara con el novio... Apenas tres veces me echó renglón el *maistro* don Modesto Pérez...

La señora nada dijo; se limitó á prepararme para bastimento una cantidad tal de capones, *panelas*, requesones, mantequillas, lomos y *cajetas*, que habría bastado para cargar una bestia mediana y dar de comer á una docena de hambrientos, no sólo á mí, que estaba tan bien cebado.

